

Rafael Cardona

El Cristalazo

Los nuevos Habsburgo



Mañana serán insuficientes los diti-rambos y los panegiricos en memoria del gran Juárez, restaurador de la República cuya decisión de fusilar a Maximiliano de Habsburgo debería ser suficiente para justificar sus miles de monumentos, hemiciclos, discursos, retratos y veneración cívica.

Así fuera nada más por eso, por haber escrito la única página victoriosa de nuestra triste historia en contra de los abusos extranjeros, materia sobre la cual hoy estamos todos tan preocupados, consternados y ofendidos, sin hacer nada.

Pero por desgracia esa única página está destinada a la soledad.

Hoy hay corrientes poderosas cuyo afán es el mismo de los conservadores cuya verdad simplista era justificación absoluta: como no podemos gobernarlos, pobres de nosotros, necesitamos alguien de fuera, de Miramar, por ejemplo, para conducir este rebaño de salvajes insensatos. Y trajimos a un príncipe europeo.

"El 30 de octubre de 1861 -dice Fernando del Paso en sus maravillosas "Noticias del imperio"-, las tres principales potencias marítimas del mundo firmaron una convención tripartita en Londres, en la que se comprometieron -como dijo el historiador mexicano Fuentes Mares: Inglaterra "que podía y no quería", España, "que quería y no podía y Francia, "que quería y sí podía", al envío inmediato de fuerzas de ocupación a las costas de México, con el objetivo definido como "ostensible", de presionar a las autoridades mexicanas para que estas ofrecieran una protección más eficaz a las personas y propiedades de los súbditos de las tres naciones signatarias, y exigirles que México cumpliera las obligaciones financieras contraídas."

Hoy ya no se trata de obligar al cumplimiento de las obligaciones contraídas sino de gobernar de acuerdo con los dictados y recomendaciones de los "expertos internacionales" o los altos comisionados de Naciones Unidas, sus relatores y sus inquisidores, siempre prestos a señalar las debilidades del Estado, para debilitarlo aun más.

Palabras más, palabras menos, la trampa de firmar cuanto compromiso internacional se nos ha puesto enfrente en los últimos años de la "globalización constitucional" (los tratados tiene el mismo peso jurídico de la Constitución), hoy rinde sus frutos. El ejemplo de Guatemala es el mejor al alcance de la mano.

Nuestros vecinos sureños delegaron en las Naciones Unidas todo el poder para enjuiciar y condenar a un venal y corrupto ex presidente de la República, en vista de su incapacidad para hacerlo ellos mismos.

En lugar de adquirir esa capacidad y reforzar sus instituciones, inauguraron el gobierno subrogado. En lugar de engendrar a sus hijos, los adoptaron. Es el pensamiento colonizado con el ropaje de la civilidad internacional.

La revista "Proceso", lo plantea de esta manera: "...Convencidas de que la asistencia técnica internacional es la única salida a la imparable espiral de violencia e impunidad que arrastra México desde hace al menos 10 años, organizaciones cívicas llaman con urgencia a la creación de un consejo asesor en materia de derechos humanos, que fue una de las 14 recomendaciones del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ACNUDH), Zeid Raad Al Hussein, al gobierno de Enrique Peña Nieto, tras su visita oficial al país en octubre de 2015.

"Así, durante el 34 período de sesiones del Consejo de Derechos Humanos (CDH) de la ONU, en Ginebra, los primeros días de este mes, integrantes de la Comisión Mexicana de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos (CMPDHDH), del Centro de Derechos Humanos Fray Juan de Larios y de Open Society Justice Initiative (OSJI), se reunieron con funcionarios del Alto Comisionado, con representantes de países europeos ante el Consejo y con el embajador permanente de México ante organismos internacionales, Jorge Lomónaco, para llamar la atención sobre las recomendaciones de Al Hussein, dadas a conocer a finales del año pasado.

"Tales recomendaciones son las primeras que un representante de la ONU del nivel de Al Hussein, hace después de una visita oficial a un país. El protocolo dicta que en esos casos sólo se lee un mensaje, como también se hizo en su momento." Valdría la pena analizar el verdadero sentido de esta frase feliz: la única salida a la imparable espiral de violencia es la "asistencia técnica internacional".

¿Cómo se debe entender la asistencia técnica? Si la técnica es en un sentido amplio la forma de hacer las cosas, los poderes internacionales van a educarnos, a alfabetizarnos en materias de falla institucional? ¿Cómo la "asistencia técnica" va a desbaratar los carteles de la droga?

Yo me imagino a los hombres el Mayo Zambado o de cualquiera de estos peligrosos asesinos con un lanzo misil apuntando a un helicóptero del Ejército para derribarlo y matar a 8 o 10 soldados, mientras un burócrata de la ONU le dice: "Vade retro Sátan" y le abanica la cara con un papelito cuyo título dice: "Asistencia Técnica".

Y entonces la espiral de la violencia va a descender. Alabado sea el altísimo.



Vianey Esquinca

¿El derecho ajeno?

El 21 de marzo se celebra el natalicio de Benito Juárez, suficiente razón para que se haya declarado un día de asueto en el país que, además, en esta ocasión, se trasladó al lunes 20 de marzo. Aunque a los políticos mexicanos les encanta hablar de la historia de Juárez e incluir frases célebres del considerado héroe nacional en sus discursos, la verdad es que hay muy poco de su legado que se lleve a la práctica.

Tan sólo las frases del Presidente de origen indígena no tienen nada que ver con la realidad actual. Su más famosa expresión: "Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz" y que hoy podría traducirse como "Entre los individuos, como entre los partidos, el respeto al derecho ajeno es la paz", está muy alejada del espíritu juarista. Por ejemplo, es la forma en que Pablo Escudero, presidente de la mesa directiva de la Cámara de Senadores e integrante del PVEM, intervino ante el funcionamiento interno del PRD en la elección de su coordinador parlamentario

en la Cámara baja.

Miguel Ángel Mancera también quisiera que se aplicara lo que a su juicio es el respeto a la autonomía de la Ciudad de México. De acuerdo con el jefe de Gobierno de la Ciudad de México, no es que hayan escrito mal la Constitución de la ciudad, tampoco que hayan invadido esferas de otros poderes. Él considera que fue una falta de respeto al derecho ajeno por parte de todos aquellos que pusieron controversias constitucionales contra la Carta Magna local.

La frase: "En la política la línea recta es la más corta" dejaría de ser actual porque, al contrario, todo lo que se politiza se vuelve insosteniblemente largo y tendencioso. En épocas de elecciones por ejemplo, hay un aumento de demandas de todo tipo por parte de los candidatos. Se acusan de asociación con el crimen organizado, lavado de dinero, enriquecimiento ilícito. Sin embargo, una vez que pasan las elecciones, todo vuelve a la normalidad y nadie se vuelve a acordar de las denuncias. La política nunca es la línea más larga

como en nuestros días.

Sin embargo, la frase que menos aplican los gobernantes mexicanos es la célebre: "Los funcionarios públicos no pueden disponer de las rentas sin responsabilidad. No pueden gobernar a impulsos de una voluntad caprichosa, sino con sujeción a las leyes. No pueden improvisar fortunas, ni entregarse al ocio y a la disipación, sino consagrarse asiduamente al trabajo, disponiéndose a vivir, en la honrada medianía que proporciona la retribución que la ley les señala", aquí parece que funciona todo al contrario. Javier Duarte, Roberto Borge, Guillermo Padrés y César Duarte son algunos de los exgobernadores o perseguidos o investigados o encarcelados que se pasaron esta frase por el arco de triunfo.

Ni siquiera se pide que vivan en la medianía, con que vivieran de lo que su sueldo les da sería suficiente.

El problema es que los políticos mexicanos lo que se aplican es otra frase que también se atribuye a Juárez: "A mis amigos: justicia y gracia; a mis enemigos: justicia a secas".

LOS PSICÓLOGOS TIENEN UNA DESTREZA CASI MÁGICA PARA REVELAR LOS ENIGMAS DEL SER. NO SÉ CÓMO OBTUVO TANTA INFORMACIÓN SOBRE MI INFANCIA.

LA ENCONTRE EN 6006LE



www.gernardo.com

Jaina Pereyra

El instinto y el discurso

Esto ocurre frecuentemente en la vida de un orador: te manda llamar. Necesita un discurso. Se presentará ante una audiencia determinada, quiere hacer un argumento poderoso. Te instruye el ángulo, rebotan ideas, te vas a hacer tu trabajo. Consigues los datos, estructuras el argumento, lo blindas contra las críticas. Revisas que las palabras sean precisas, eficientes, que tu orador se pueda reflejar en ellas; adomas las ideas, el ritmo, encuentras tus soundbytes. Revisas. Vuelves a revisar. Regresas con el orador. Revisan juntos. Normalmente hay cambios. Lo pules. Horas, a veces días después, tienes un discurso del cual te enorgullec.

Llega el día de la presentación en sociedad. Parte de tu trabajo es ver qué y cómo funciona con la audiencia. A veces acompañas a tu orador. A veces sigues alguna transmisión en vivo. Tercera llamada. Tercera. Tu orador se para frente al podio con el discurso impreso cuida-

dosamente, con párrafos que no se dividen entre hojas, con letra visible, con hojas numeradas. Y, de repente, como en cámara lenta, tu orador baja las hojas y comienza a hablar de su ronco pecho. ¡Nooooo! Tal vez resaca el argumento central o retoman alguna discusión que tuvieron en el proceso. Tu huella está en sus palabras, pero tus palabras se esfumaron. Tu discurso no sirvió para nada. Nadie nunca lo escuchó.

Esto es aún peor cuando el proceso fue más autónomo. Cuando mandaste el discurso y no pudieron rebatirlo. Entonces entra la duda de qué hiciste mal, de por qué no lo usó, por qué no le gustó. A todos los discursos nos ha pasado y es de lo más frustrante que hay. Con mayor calma, tu ego vuelve a dimensiones pertinentes y reconoces que es válido. Que no necesariamente dice algo sobre tu trabajo. La confianza que te tiene el orador es profunda; haberte prestado su voz es realmente maravilloso, pero sigue siendo su voz.

Es lógico que a veces el orador se sienta más cómodo improvisando. Lo que es mejor, a veces es necesario que pueda hacerlo, porque en el transcurso del evento, el orador anterior "le gana" la idea central. O porque de pronto se da cuenta de que hay alguien en la audiencia que pudiera sentirse lastimado con algún fragmento. O porque la circunstancia así lo impone: comienza a llover o detienen al Chapo o se muere David Bowie en el camino al evento. El mundo cambia y tu orador tiene que poder adaptarse. Esto es especialmente cierto con los políticos. Necesitan tener esa capacidad de reacción. Ese es bajo la manga que les permita sentirse cómodos improvisando, reaccionando; parecer siempre estar en dominio de la situación.

Esta semana todos, absolutamente todos, tuvimos una opinión sobre el evento —interrumpido— de López Obrador en Nueva York. Las redes sociales hervían. Si dijo una cosa o la otra, si lo hizo bien, si lo manejó mal, si lo atacaron legítimamente o lo provocaron. Prácticamente todos participamos de esta discusión, pero estoy segura de que sólo los discurseros vivimos con estupor el momento en que, al interior del recinto, Andrés Manuel invita al señor a pararse a su lado con todo y pancarta, pero, en vez de atenderlo, le dice a la audiencia "aquí es-

tá, junto a mí... ahora ¿ya? ¿me permiten terminar de leer?". Sobre decir que el resto del video nadie "le permite terminar de leer", porque ¿a quién se le ocurre seguir leyendo en ese caso?

Era la intersección entre una prueba de fuego y una oportunidad de oro. De las pocas que tiene AMLO, acostumbrado a eventos sin confrontación, en donde el público, a mano alzada, le aprueba cualquier ocurrencia. Sorprende mucho de López Obrador, uno de los políticos con instinto más agudo, con experiencia más amplia en política, que no haya aprovechado el momento, suspendido la lectura, adaptado el discurso. El evento ya no se trataba del mensaje que llevaba impreso, se trataba de la interrupción y de la narrativa que de ella derivaría.

Qué raro parece que, en ese entorno, con ese contexto, frente a esos testigos, su instinto le sugiriera seguir leyendo. Un discurso que, sobre decirlo, no se acercaba ni remotamente a la elocuencia de Martin Luther King. Un discurso prescindible, pues, sorprende que el instinto se haya abogado en palabras ajenas. Pero bueno, probablemente sólo los discurseros lo notamos porque de esa parte del asunto es de lo único de lo que no he visto un sinfín de reproches y alabanzas, en todos sus matices.